

—¡Gracias, Dios mio, porque me has dado fuerza para rechazar la tentacion! El hombre ha nacido para sufrir, y Job, que te bendecia en su infortunio, era mucho más desgraciado. Vivo y viviré: ¡tal vez antes de morir tengo que cumplir una mision sobre la tierra!

XLII.

Samuel pensaba ya en esta mision. Aunque amaba profundamente á Margarita, despues de la confesion que la jóven le habia hecho no podia en manera alguna llevarla al altar; pero habia adquirido el derecho de protegerla contra la infamia de su seductor, y el marino pensaba ejercerlo en todo con plenitud.

Al dia siguiente fué á ver á Margarita, que palideció al verle.

—Hija mia,—la dijo con dulce acento el capitán,—no es el hombre de ayer quien viene á veros.

En efecto, despues de aquella noche de angustia, solo sentia una tierna compasion por la pobre criatura sacrificada en holocausto al capricho de un desconocido. Habia tomado la resolucion, ridicula para el vulgo, de forzar á un rival á casarse

con su prometida; pero, digámoslo con permiso de los corazones vulgares, las almas bien templadas no son accesibles al rencor, y cuando aman, saben llegar de un vuelo á lo sublime de la abnegacion.

En el momento en que el capitán ofrecia su proteccion á Margarita, Gargani trajo á ésta un billete así concebido:

«Parto mañana: lo exige nuestro comun interés. Tiempos mejores vendrán: en tanto, siempre vuestro, siempre tuyo.»

Y firmaba *Emiliano*.

Margarita leyó temblando este billete, y presentándolo con tranquilo desden al marino, dijo:

—¡Ya estais vengado!

El capitán leyó á su vez la carta, y arrugándola con cólera exclamó:

—¡Miserable!

—A decir verdad,—exclamó Gargani dirigiéndose al capitán,—creo que la venida de ese señorito no ha sido provechosa para nadie, y por mi parte, no me disgustaria que recibiese alguna leccioncilla, como..... por ejemplo.....

Y Gargani provocaba con la mirada al marino.

—Encuéstrate mañana temprano detrás de la cerca del tío Violet.

—¡No le mateis!—dijo Margarita asiendo la mano del capitán.

—Yo sé lo que debo hacer,—respondió éste, no sin cierto despecho, pues creyó que aquella exclamacion ocultaba un resto de amor.

La partida de Emiliano provocó la indignacion de Samuel. El capitán creyó que semejante deslealtad hacia necesaria su intervencion, y al amanecer del siguiente día se situó en el camino de Chaillevette, esperando al jóven en un lugar en que la carretera, abierta en el flanco de una colina, estaba limitada á un lado y otro por taludes casi cortados á pico.

Tras un cuarto de hora de espera, el capitán oyó las pisadas de una caballería que se acercaba, y se dijo:

—¡Ya está aquí mi hombre!

Y se situó en medio del camino para cerrarle el paso.

Era, en efecto, Emiliano, ginete en el borriquito del juez de paz. Cuando á la dudosa luz del crepúsculo distinguió nuestro jóven la silueta de un hombre plantado en medio del camino, detuvo un momento su cabalgadura y aun pensó llegar á Royan por un atajo; pero en el arzon de la silla iba una pistola cargada, y despues de asegurarse de la presencia de aquella compañera de viaje, Emiliano picó espuela, y el jumento siguió adelante.

—¡Paso!—gritó al llegar cerca del capitán.

Samuel asió con mano firme la bridas y detuvo al borrico.

La luz del alba inundaba ya la atmósfera y Emiliano pudo reconocer el rostro del marino.

—¡Cómo! ¡sois vos, capitán!—exclamó;—¡os habia tomado por un ladrón!

—Caballero, echad pié á tierra,—respondió friamente el corsario.

—Si se trata de una broma,—repuso el jóven,—os confieso que no la encuentro gracia.

—Echad pié á tierra, os digo; necesito saber por qué os marchais.

—¿Y con qué derecho me pedís cuenta de mis acciones?

—Con este,—respondió el marino sacando del bolsillo la carta que habia recibido Margarita;—amaba á una jóven, y hoy la he tomado bajo mi proteccion.

—Si es una reparacion lo que exigís, permitidme deciros que esa especie de satisfacciones se piden bajo otra forma y en pleno día, y no en medio de un bosque y al amanecer.

—Yo no os pido satisfaccion, ni os la daré hasta que hayais satisfecho la primera ley del honor; pero tampoco os permitiré partir hasta que hayais contraido conmigo el compromiso formal de casaros con la jóven á quien habeis seducido.

Emiliano deslizó la mano en la pistola y

montó el arma en silencio; pero comprendiendo la gravedad de una agresion, quiso intentar antes la huida. Hirió, pues, con las espuelas los ijares de su montura; pero el capitán rechazó con tanto vigor al jumento, que éste dobló los corvejones y derribó á su ginete.

Emiliano cayó con la pistola en la mano, y apoyándose en el codo, apuntó á su adversario.

El capitán se precipitó sobre el jóven para desarmarle; Emiliano alargó el brazo y oprimió el gatillo; pero en vez de una detonacion, solo oyó un ligero estallido: el tiro habia fallado.

—¡Soy perdido!—murmuró.

El capitán levantó á su adversario, y arrinconándole contra la ladera, le miró un momento con amargura.

—¡En mi juventud era yo más diestro!—dijo.

Emiliano no comprendió aquel grito del remordimiento, y pálido de terror empezó á pedir socorro.

Era la hora en que los leñadores de Courlay llevaban á Royan sus asnos cargados de ramas de pino.

—¡Bah!—dijo el primero que pasó;—uno contra uno: ¡la partida es igual!

Y siguió adelante.

Momentos despues llegó otro aldeano, y apoyándose en su garrote, en tanto que su jumento

continuaba andando, esperó el desenlace del drama con la satisfaccion interior de ver á un señorito, es decir, á un enemigo natural, pasar un mal cuarto de hora.

—Amigo,—dijo el capitán,—hé aquí un señorito que ha engañado á una jóven y ahora la abandona, huyendo como un ladrón.

—Si ese pillastre hubiera engañado á mi hija,—respondió el leñador,—y le tuviera como vos le teneis, le estrangulaba inmediatamente ó tendria que reparar su falta ante el alcalde de mi lugar.

A medida que el leñador hablaba, Emiliano sentia que los dedos del capitán apretaban más y más su garganta.

—No os queda un minuto de vida,—dijo el capitán con el acento de un hombre resuelto á todo,—si aquí mismo no jurais solemnemente por el nombre de Dios que cumplireis vuestra promesa.

Emiliano temblaba de cólera, y en su cabeza hervia un mundo de ideas de venganza; pero comprendió la inutilidad de prolongar una lucha que ya habia empezado mal para él y que podia concluir peor.

Juró, pues, por el nombre de Dios casarse con Margarita.

El capitán dejó al jóven, que cabalgó en su borrica; pero cuando iba á alejarse, su vencedor le detuvo.

—Jurad tambien,— le dijo,— que no os valdreis del pretexto de que habeis cedido á la fuerza.

Emiliano balbuceó un nuevo juramento.

—Ahora marchad,— repuso Samuel; — pero acordaos de que en la ley del Señor existe una pena terrible contra el perjuro.

Emiliano, estremeciéndose de furor, lanzó su jumento á galope; pero en aquel instante resonó un grito más arriba del camino, y levantando la cabeza vió sobre la ladera á Gargani, que agitaba su sombrero en la punta de su sable y gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Viva el emperador!

Emiliano se encogió de hombros.

—¡Viva el emperador!—gritó Gargani; —¡donde las dan las toman, señorito Emiliano!

XLIII.

Una vez en París, Emiliano volvió á su vida de disipacion y dió al olvido el nombre de Margarita y su novela amorosa á orillas del estanque. En cuanto á su encuentro con el capitán, lo consideraba como el ataque de un bandido en medio de un camino, haciendo por consecuencia caso omiso del juramento que habia prestado.

La pobre abandonada vivia, en tanto, en el aislamiento y la tristeza. La noticia de la ruptura de su matrimonio con el capitán habia corrido con la rapidez de la murmuracion: una chismosa, mientras barria el umbral de su puerta, habia anunciado á su vecina aquel acontecimiento, y la vecina lo habia repetido en la plazuela cuando fué á hacer su compra.

Sin embargo, la conducta del capitán parecia desmentir tales hablillas, pues todos los dias, devorando el dolor que rasgaba su corazón, iba intrépidamente á pasar la velada en casa del escribano.

Margarita palidecia y se desmejoraba visiblemente, consumida por un mal desconocido. Pasó el verano, pasó el otoño, y llegó el invierno, triste y frio como su destino, sin producir ningun cambio en su situacion: ni una palabra de Emiliano, ni una señal que pudiese reconciliarla con el porvenir. La jóven contemplaba con secreta alegría los estragos que iba haciendo la enfermedad y esperaba con una impaciencia febril la hora de su muerte; y sin embargo, aún no conocia toda la extension de su desgracia.

Una noche que, tristemente apoyada en su ventana, rezaba mentalmente el rosario y miraba el tejado del convento cubierto de nieve, experimentó de pronto una sensacion especial, produci-

da por un estremecimiento interior de su seno: la pobre niña arrojó un grito de terror y lo comprendió todo: era madre, es decir, estaba deshonrada.

Hasta entonces habia conservado la dignidad del abandono, contestando al olvido con el silencio; pero el niño que iba á nacer necesitaba un padre, y escribió á Emiliano una carta conmovedora, sublime de ternura y de perdon. El jóven dió una respuesta evasiva, diplomática, disculpándose con la resistencia de su tío; pero añadía que esperaba vencerla con tiempo y paciencia.

Aquella carta debia ser considerada por Margarita como una infamia más; pero la infeliz necesitaba esperar, y esperó aún, tratando de creer que Emiliano decia la verdad y que solo su tío le impedía cumplir su palabra.

Entonces, para asegurar un nombre á su hijo, quiso dar el último paso; un paso ridículo, insensato, pero inspirado por su corazón de madre, y por consiguiente, sagrado y respetable. Creyó que podría ablandar el espíritu del juez con la elocuencia de la justicia y del dolor, y decidió ir al castillo de Chaillevette.

Un dia se dirigió al dominio del juez de paz, encontrando al viejo en el último aposento de la casa, ocupado en dictar á su hija la fórmula de un juicio verbal.

Al aparecer Margarita, se volvió pesadamente y la saludó con una leve inclinacion de cabeza.

—Y bien, niña mia, parece que no quereis casaros,—la dijo bruscamente, creyendo sin duda que la dirigia una galantería.

Este cumplimiento fuera de lugar aludia indudablemente al capitan Samuel, y sin embargo, confundió de una manera terrible á Margarita.

—Teneis mi suerte en vuestras manos,—balbuceó temblando;—vengo á implorar vuestra generosidad.

El juez la miró con inquietud.

—Sois juez,—repuso tranquilamente Margarita,—y debeis dar ejemplo de justicia.

El anciano hizo un gesto de asentimiento y miró de frente á la jóven.

—La justicia dice,—añadió ésta,—que un hombre que se compromete formalmente con una jóven.....

—Debe hacer honor á su juramento, ¿no es verdad?—exclamó el juez;—pues bien, hija mia, si es que tratais de entablar una accion judicial, la ley no os concede ningun derecho. Promesa de venta vale tanto como venta, dice el Código; pero respecto á promesas de matrimonio, todo el mundo puede hacerlas sin miedo de que le obliguen á cumplirlas.

—Yo no pido nada á la ley, sino á vuestra conciencia.

—¡Oh! ¡la conciencia! Pero ¿á qué viene esta consulta, hija mia? ¿Es que por casualidad alguno os ha.....

—Sí señor; vuestro sobrino.

Y cayendo á los piés del juez, Margarita añadió con acento desgarrador:

—¡Dad un padre á mi hijo!

—¡Cómo! ¡mi sobrino! ¡mi sobrino os ha..... ¡oh! ¡y yo no he sabido una palabra de tales amores! ¡yo no conocia ese compromiso!....

Al oír estas palabras, Margarita se levantó con altivez.

—En ese caso,—dijo,—nada tengo que pedir..... ni á vos ni á nadie.

La dignidad de su alma ultrajada dió á su rostro una expresion tan noble, que el viejo juez se compadeció de ella.

—Hija mia,—dijo,—siento vuestra desgracia y comprendo que mi sobrino os debe una indemnizacion. Anda, Isabel, trae el dinero que hay en el cajon de mi secreter.

Margarita fijó en el juez una mirada de desprecio.

—Habia venido,—dijo,—á evitaros, tanto á vos como á vuestro sobrino, el peso de otra justicia..... ¡Dios, que os ha oído, os dé su misericordia!

Y salió, despues de hacer á Isabel una señal de despedida.

Isabel no tuvo valor para abrazarla; por el contrario, bajaba la cabeza y gozaba en secreto de la humillacion de su rival.

El sentimiento de su dignidad ultrajada habia hasta entonces sostenido á Margarita, que atravesó rápidamente el patio del castillo y durante algun tiempo siguió con la misma velocidad por el camino de Royan; pero muy pronto esta sobreexcitacion la abandonó y un temblor convulsivo se apoderó de todo su cuerpo.

Al otro lado del bosque, en la falda de la colina, habia una cruz de piedra, llamada el Calvario. Margarita no pudo ir más lejos; pareciale que los objetos daban vueltas en torno suyo, y se dejó caer sobre el primer peldaño de la cruz. Empezaba el mes de Febrero; la semi-oscuridad del crepúsculo iba extendiéndose sobre la tierra; oíanse á lo lejos los aullidos de los lobos, y con todo esto, la pobre niña permaneció una hora casi sin sentido reclinada sobre la piedra.

Poco á poco el frio de la noche la devolvió el conocimiento: creyó salir del sueño de la muerte en el fondo de la tumba, y sintiendo un vivo dolor en el costado, oprimióse con la mano la parte dolorida: ningun movimiento respondió á la presion: el fruto de sus entrañas habia muerto.

—¡Dios mio!—exclamó;—¡ahora ya puedo morir!

Este pensamiento devolvió la calma á su espíritu, y depositando un beso en la piedra húmeda de la cruz, que habia escuchado el último grito de su corazón y su postrer adiós á la existencia, se dirigió penosamente á su casa y se dejó caer sobre su lecho, sin quitarse el vestido manchado de lodo y empapado por la escarcha.

XLIV.

Levantóse apenas amaneció, y tranquila con la deliciosa idea de la muerte, fué á confesar á su madre el terrible secreto de su juventud marchita. Al oír aquella revelación, Mme. Melania lanzó un grito de horror.

—¡Quítate de mi presencia!—exclamó con acento trágico;—has deshonrado á tu familia, y cuando me vean en la calle, todo el mundo dirá: «Esa es la madre de la que.....»

—¡De la que vá á morir, madre mia, implorando vuestro perdón!

Margarita quiso besar la mano de su madre; pero Mme. Melania la rechazó y corrió á repetir á su marido aquella terrible noticia. El escribano

movi6 la cabeza con aire de incredulidad, y despues de un momento de reflexion, repuso:

—Y aunque hayas dicho la verdad, mujer, ¿qué podíamos hacer ya?

—Encerrar en un convento á esa hija culpable.

—Mejor seria amarla más,—respondió el escribano.

Margarita quedó como anonadada bajo la maldición de su madre; pero tras algunos momentos de postración, reunió todas sus fuerzas y volvió á su cuarto. Luego reunió el modesto lujo de su atavío, el reloj que su padre la habia regalado, una sortija de rubíes y un collar de coral, y poco despues llamaba á la puerta de una casucha oculta en el fondo de una callejuela.

Allí vivia el gran Santiago, prestamista jurado de la villa, que examinó minuciosamente todos los objetos, los pesó, volvió á pesarlos, y al fin ofreció por ellos la mitad de su valor.

Margarita aceptó.

—Señorita,—la dijo el hechicero,—ya sé que teneis penas: os lo anuncié el dia que os ví bebiendo y riendo: tras el placer, el dolor.

Margarita llevó el dinero de sus alhajas al cepillo de los pobres, como un rescate misterioso que ofrecia á Dios por la redención de su falta. La iglesia estaba desierta y nadie la vió hacer aquella limosna.

Llegó la hora del almuerzo. El escribano, bebiendo el vinillo blanco de su granja, tenía siempre un acceso de alegría; pero aquel día se sentó á la mesa con el rostro sombrío y los ojos bajos. Su mujer lanzaba de cuando en cuando un profundo suspiro y sacaba dramáticamente su pañuelo para enjugar una lágrima ausente. El escribano iba á llenar el plato de su hija; pero ésta lo retiró diciendo:

—¡Gracias, padre mio! ¡hé aquí mi comida!

Y partió un pedazo de pan.

Un momento despues el pobre hombre inclinó la botella del vino sobre el vaso de Margarita; pero la jóven retiró el vaso, y tomando la jarra del agua, dijo:

—¡Hé aquí mi bebida!

Estas palabras de expiacion hicieron estallar el corazon del pobre viejo, que abrazando á su hija con una ternura inmensa, exclamó:

—¡Oh! ¡tú serás siempre mi hija querida, pobre infortunada! ¡El mundo puede abandonarte; pero yo no te abandonaré jamás!

Margarita ocultó la frente en el pecho de su padre, más apenada por la bondad del pobre anciano que por la dureza de su madre.

La infeliz niña empezaba entonces á subir la dolorosa cuesta de su Calvario. La noticia de su falta habia corrido de un extremo á otro de Ro-

yan. Isabel fué la primera en confiársela, bajo el sello del secreto, al ama del cura, y el ama la habia dado á conocer, en ménos de un día, al resto de la poblacion.

Margarita asistia á misa todos los domingos; pero despues de la explosion del escándalo, su padre quiso que no fuese á la iglesia.

—He dado el ejemplo de la falta,—respondió la niña,—y debo dar tambien el de la penitencia.

Y fué valerosamente al templo, afrontando la muda injuria de la mirada y de la sonrisa; pero cuando se sentó en su banco, Isabel, sentada en el banco próximo, se alejó con marcada afectacion, y muy pronto, imitándola todas, se formó el va-cío en torno de la pobre arrepentida.

Margarita sintió el golpe de aquella reprobacion; pero ¿era Isabel, una hija natural, quien así debia vituperar en público la falta misma á que debia la existencia? Margarita rechazó esta idea, y con el rostro inclinado sobre su libro de misa, derramó su alma, como el amargo perfume del hisopo, á los piés del Dios de sufrimiento.

El cura tomó por texto de su sermon estas palabras de Ezequiel: *Has confiado en tu belleza*, y habló elocuentemente contra la aficion al lujo y la alianza con la herejía. La alusion no podia ser más clara. El sacerdote hizo de Margarita, á todo intento y de una manera implacable, un asunto de

edificacion para el auditorio. La pecadora le escuchaba con humildad, con la voluptuosidad amarga del arrepentimiento; pero al llegar á un pasaje en que el predicador evocaba del fondo del infierno la pena reservada á la que era madre sin ser esposa, Margarita sintió que la tierra temblaba bajo sus piés, arrojó un grito lamentable y cayó desvanecida sobre las losas de la iglesia.

XLV.

Fué preciso llevarla á su casa y acostarla, trascurriendo el dia sin que recobrase el conocimiento. El escribano hizo llamar al médico, cuyo diagnóstico fué de una congestion cerebral. Se sangró á la enferma, á pesar de lo que la atacó el delirio, cayendo luego en un profundo marasmo, que se hubiera podido tomar por un sueño tranquilo, si lo entrecortado de su respiracion y la convulsiva contraccion de su rostro no hubieran indicado la lucha misteriosa y terrible entre la vida y la muerte.

Al amanecer, Margarita recobró el sentido, y cuando la ténue luz del alba iluminó la estancia, miró melancólicamente hácia la ventana y dijo:

—¡He de ver, pues, una vez más el dia!

Comprendiendo que se aproximaba su hora, quiso que se llamase al cura, que la confesó y administró la Extrema-uncion. Despues de esta fúnebre solemnidad, Margarita llamó á su padre y le dijo:

—Padre mio, deseo reposar á orillas del estanque de la granja, al pié del sauce lloron.

El escribano estrechó la mano de su hija, indicando que se cumpliria su voluntad.

—¿Dónde está el capitan?—repuso la jóven;—quiero decirle adios.

El escribano fué á buscar á Samuel, y un momento despues el antiguo corsario contemplaba en silencio el cadavérico rostro de su prometida.

—Ahora podeis besarme,—dijo la jóven.

El capitan dobló la rodilla y besó el extremo de la colcha.

—No,—repuso Margarita;—en la frente; quiero llevar vuestro beso al cielo.

El capitan se inclinó sobre aquel rostro santificado por la muerte, y Margarita murmuró en voz baja:

—Ireis á orar sobre mi tumba, ¿no es verdad?

Samuel estrechó la mano helada de la jóven y repuso:

—Sois mi esposa en la eternidad.

Fué una escena misteriosa entre los dos pro-

metidos. Después de este esfuerzo, Margarita cayó sin movimiento, y al ver su mirada levantada al cielo, se la hubiera creído sumergida en el éxtasis de la adoración. Creyó oír en la calle el sonido de una gaita, y preguntó:

—¿Qué es eso?

—Es una boda,—le respondieron.

Margarita quedó pensativa y dijo con amargura:

—¡Esos podrán entrar en la iglesia sin que sus mejores amigos se alejen de ellos con desprecio!

El escribano escuchaba el sonido de la gaita, y parecía que aquellos alegres acordes se llevaban la última sonrisa de su vida.

—¡Así debía pasar todo!—murmuró.

Margarita pidió á su madre el velo de su primera comunión y la rama de boj bendito que adornaba su espejo.

Extendió el velo sobre el lecho y empezó á deshojar la rama; pero en tanto que su mano moribunda arrancaba las hojas, veíase que lloraba y que trataba de ocultar su dolor.

Este esfuerzo acabó de aniquilarla, y de nuevo perdió el conocimiento: eran entonces las siete de la tarde. Dos cirios ardían al pié del lecho, al lado de la pililla y el hisopo del agua bendita.

En aquel momento solemne Margarita sintió su alma suspendida sobre el abismo, y la duda in-

mensa de la muerte, que sobrecogió al mismo Cristo en la cruz, llenó su pensamiento de una angustia terrible.

Rogó al cura que recibiese su última confesión, y luego dijo:

—¡Padre mio, esto es hecho! ¿Podré esperar que Dios me perdone?

—Arrepentíos,—respondió el cura con voz severa.—¡Vuestra falta es inmensa!

—Pero la misericordia de Dios es infinita,—añadió el capitán.

Tras algunos momentos de silencio, Margarita dijo:

—¡Me ahogo!

É indicó á su madre que la diese un vaso de agua.

Pero apenas la pobre mujer le había presentado el vaso, cuando su rostro se descompuso, un sudor frío apareció en su frente, y al fin la infeliz niña cerró los ojos para no volverlos á abrir.

El capitán, que tenía entre sus manos la diestra de la moribunda y seguía en su rostro los progresos de la agonía, soltó aquella mano inerte y dijo:

—¡Acercaos! ¡Vuestra hija ha dejado de sufrir!

El anciano se levantó con una calma espantosa: su rostro lívido tenía la inmovilidad de la estatua; pero amargas lágrimas se deslizaban en si-

lencio por sus mejillas. Puso la mano sobre el corazón de su hija, y levantándola luego al cielo, exclamó con voz terrible:

—¡Hija mia, Dios te vengará!

Y cayó de nuevo en su sillón.

Le llamaron, quisieron llevárselo para alejarle de aquel cuadro de desolación; pero no contestó ni hizo el más pequeño movimiento: el dolor le había producido un fulminante ataque de parálisis.

Así murió Margarita. Al día siguiente muy temprano se trasladó su cadáver á la granja para enterrarle á orillas del estanque. Algunos pobres campesinos de la vecindad formaban el cortejo, á la cabeza del cual iba el capitán Samuel con la cabeza alta y la mirada fija en el cielo, como si librarse su último combate. Detrás del capitán marchaba un hombre llorando y estrujando entre sus manos con una especie de furor su gorro de lana.

El capitán le miró y dijo:

—¿Lloras, Gargani?

—Sí, capitán; lloro y lloraré toda mi vida por esa pobre niña asesinada por un infame. Debísteis romperle la cabeza cuando le teníais bajo vuestras manos.

—Calla, —replicó gravemente Samuel; — yo haré lo que debo hacer.

Cuando el cortejo llegó al bosquecillo de la

granja, el guarda-bosque bajó el ataúd á la hueca abierta al pié del sauce.

Cada uno de los concurrentes echó sobre la caja un puñado de tierra. En tanto, el antiguo corsario, de pié é inmóvil, con los ojos alzados al cielo y los brazos cruzados sobre su pecho, dirigía mentalmente una ferviente oración al Dios de justicia. Cuando hubo terminado su plegaria, arrojó también á la fosa un puñado de tierra, y luego, extendiendo la mano derecha sobre aquella tumba que encerraba su amor, repitió con voz firme la imprecación del padre de Margarita:

—¡Dios te vengará!

XLVI.

Desde aquel momento el capitán solo tuvo una idea fija, un pensamiento constante.

Un día hizo bruscamente su maleta, cerró su cuarto y entregando la llave á la criada, dijo:

—Mañana me marchó. Si no he vuelto dentro de una semana, entrega esta llave á Calvé, que encontrará en mi pupitre un pliego con sobre á su nombre.

A la mañana siguiente tomó la diligencia de